
La transición en Cuadernos de Ruedo Ibérico
Xavier Díez (ed.) 171
Jaime Pastor Verdú

Comer animales de Jonathan Safran Foer 173
Barbara Scandroglio

Crisis y revolución en Europa: people of Europe rise up!
de Observatorio Metropolitano 175
José Luis F. Casadevante

La mentira del amianto. Fortunas y delitos
de Maria Roselli 177
Paco Puche

LA TRANSICIÓN EN CUADERNOS DE RUEDO IBÉRICO

Xavier Díez (ed.)

BackList, 2011

458 págs.

La reedición con esta obra de un buen número de artículos que fueron publicados en la revista *Cuadernos de Ruedo Ibérico* durante el tardofranquismo de los años setenta del pasado siglo constituye sin duda un gran acierto. Esta iniciativa contribuye a cubrir un vacío que impedía que la mirada crítica que se expresaba en esas páginas en el transcurso de ese período fuera conocida por las sucesivas generaciones que han ido apareciendo desde entonces. Con mayor razón cuando vemos que está resurgiendo un interés creciente por conocer versiones distintas de la proporcionada por la “historia oficial” sobre la mitificada Transición entre un sector de la juventud que se reconoce en movimientos como el 15 M. El hecho de que su salida de nuevo a la luz coincida con el cincuenta aniversario de la fundación de la editorial Ruedo Ibérico, cerrada en 1981, le da todavía más valor.

La selección de artículos (muchos de ellos firmados con seudónimos para evitar la represión) ha correspondido a un joven historiador, Xavier Díez, quien ha escrito la introducción y una adecuada contextualización de esos trabajos. En ellos recuerda, entre otras cosas, lo que ha sido la “leyenda rosa” de la Transición (con el documental de Victoria Prego para TVE en 1995 como la más divulgada versión) y opone a la misma el “contrarrelato” lampedusiano de la Transición como una “transacción”, generadora de la consiguiente desmovilización y usurpación de la soberanía popular, la exclusión de la disidencia y una ley de punto final entre otros rasgos.

La selección comienza con un artículo introductorio de Joan Martínez Alier, en el que expone su crítica a la política de “reconciliación

nacional” defendida por la dirección del Partido Comunista de España (PCE) desde 1956. Le siguen otros sobre la coyuntura y los condicionantes políticos y sociales, están escritos por Santiago Roldán, Santiago Udina y Regina Tayá, Joan Martínez Alier y José Manuel Naredo. En uno de ellos se analizan los cambios económicos y sociales que se están produciendo en “la nueva España” de finales de los años sesenta, junto con la emergencia de una nueva izquierda revolucionaria, para acabar propugnando la necesidad de unir la lucha contra la dictadura con el anticapitalismo. En otro se resaltan las tensiones entre organismos unitarios como la Asamblea de Catalunya y la Junta Democrática en relación tanto con sus distintas propuestas de resolución de la cuestión nacional como con el papel a otorgar a la movilización popular. Finalmente, tras una crítica libertaria de la democracia parlamentaria, se nos ofrece una valoración de los resultados del referéndum sobre la Constitución de 1978 en la que se destaca la importancia de la abstención, sobre todo en el País Vasco.

En otro bloque “redescubrimos” un artículo de especial interés, escrito por José Martínez, editor de Ruedo Ibérico, y Alfonso Colodrón, en el que se somete a una rigurosa crítica un libro que conocidos miembros de la denominada “generación de la Zarzuela” (Jorge de Esteban y otros constitucionalistas) publican en 1973 bajo el título de *Desarrollo político y Constitución española*. La originalidad de esta obra, encargada por un sector de la banca española a personas “demócratas”, estaría en que fue la primera experiencia relevante de “colaboracionismo” desde el mundo académico para tratar de justificar la apuesta por una reforma del franquismo desde dentro sin cuestionar la legalidad vigente: o sea, la “transición de la ley a la ley”, como finalmente ocurriría.

Forma parte de ese mismo apartado un editorial dedicado a «las rebajas de la “oposición política”», escrito en 1976, que entra en polémica con argumentaciones empleadas por la mayoría de esa oposición para justificar su dere-

chización. Tal es el caso de su refutación de la “correlación de fuerzas” como coartada, justamente después de las huelgas de Vitoria, la represión posterior y el papel mayor de freno que juega a partir de entonces la “Platajunta”. Valga como muestra el siguiente párrafo:

«Debería analizarse, además, si es verdad que la “correlación de fuerzas” es desfavorable a la izquierda. Para calibrar la verdadera fuerza de la clase obrera no es buen método el disuadirla de ejercerla en muchas ocasiones. Debería analizarse qué razones hay para esperar que esa correlación mejore una vez instaurado el proyecto político del régimen (sin o con partido comunista tolerado). Se olvida sistemáticamente el ejemplo de las grandes huelgas políticas de Euskadi desde diciembre de 1974 hasta septiembre de 1976. ¿Cuál es el grado de movilización potencial de la clase obrera en el resto del Estado? El desmovilizar continuamente al pueblo trabajador, al rebajar objetivos, no es ciertamente un buen método de aumentar las propias fuerzas. Si la izquierda se va corriendo más y más a la derecha, la balanza no puede menos que desequilibrarse más hacia la derecha. La tercera posibilidad no es para hoy, ni tal vez para mañana, pero es una posibilidad que debería mantenerse abierta negándose al pacto con el Estado capitalista» (p. 285).

Una respuesta que coincide en lo fundamental con la que hacíamos desde corrientes de la izquierda marxista radical y que se extendería después a los Pactos de la Moncloa, justamente analizados en otro artículo como inicio de un nuevo corporativismo. Cierran esta parte una referencia a las luchas autónomas “olvidadas” de esos años, así como un artículo sobre la reestructuración de las Cajas de Ahorros que, pese a ser escrito en 1979 y teniendo como autor al luego ministro socialista Julián García Vargas, sirve para recordarnos que el problema viene de lejos.

Otros trabajos aquí reeditados abordan una cuestión que sigue siendo controvertida: la de la caracterización del franquismo, tanto frente a su

simplista asimilación con el fascismo como respecto a las tesis de Juan J. Linz sobre el carácter «autoritario» y de «pluralismo limitado» que según él tenía ese régimen a partir de los años sesenta. Joan Martínez Alier, Eduardo Sevilla y Salvador Giner rebaten con fundamento esas posiciones para concluir sobre su naturaleza dictatorial y de clase, destacando asimismo los pilares que han ido sosteniendo lo que definen como un “absolutismo despótico”.

La parte final recoge también análisis sobre la crisis económica y de dominación que se da en la segunda mitad de los años setenta, así como las características del nuevo régimen conformado por la Constitución de 1978. Vemos aquí también cómo se alerta –frente al “consenso” generalizado– ante el comienzo de una etapa que va sentando las bases de un sistema de partidos que no cuestionará la dominación de clase preexistente y, sin embargo, provocará, en palabras oportunamente citadas de un artículo escrito entonces por el sociólogo del PSOE Julián Santamaría, «la frustración de una parte muy importante de la población ante la inexistencia de un proyecto bien definido, la insuficiencia del cambio, la ambigüedad frente al pasado y la incertidumbre del futuro [...], causas de una situación de “desencanto” de un pueblo con el que sólo se ha contado a la hora del voto» (p. 430).

Una mirada más completa sobre lo que se escribió durante esos años desde esta revista debería tener en cuenta también otros trabajos no incluidos que también reúnen la calidad y el rigor crítico que refleja esta antología. En realidad, esos requisitos caracterizaron toda la trayectoria de esta publicación, hoy accesible en edición facsímil completa en <http://www.ruedoiberico.org/cr/faximil.php>. También conviene recordar que el largo artículo que José Manuel Naredo (Aulo Casamayor) publicó a finales de 1976 en esa misma revista fue reeditado en 2001 por Anagrama (junto con otros artículos posteriores del mismo autor) con el mismo título, suficientemente expresivo: «Por una oposición que se oponga. Crítica a las interpretacio-

nes del capitalismo español y a las alternativas que ofrece la “oposición política”». Una (re)lectura del mismo ayudará sin duda a comprender mejor el sentido de todos estos trabajos, ya que, como se decía de éste último en la Advertencia de la redacción de la revista, todos ellos «forma(n) parte de la búsqueda de las bases teóricas para una oposición que rechace el ser mera gestora de los intereses de las clases dominantes y que, al constituirse en portadora de un modelo de sociedad radicalmente distinto, ponga en tela de juicio la organización social imperante».

Como se puede desprender de lo comentado hasta aquí, nos encontramos con una serie de artículos en los que predomina un punto de vista anticapitalista y libertario sobre la “Transición”. Un enfoque que somete a una firme y permanente denuncia a la dictadura franquista, pero a la vez rechaza los análisis del capitalismo español y de ese mismo régimen que se hacen desde la mayoría de corrientes de la oposición antifranquista, ya que les lleva, en opinión de los autores, a una estrategia “etapista” y a una política de alianzas incompatibles con el objetivo de la ruptura. Su apuesta por una articulación de demandas democráticas y sociales que apunte contra el bloque de poder dominante, así como por el protagonismo de la movilización popular frente a la táctica de negociación con los “reformistas” del régimen, explica sus profundos desacuerdos con lo que hace esa oposición a medida que va “consensuando” los Pactos de la Moncloa, la Ley de Amnistía, la Constitución o el papel de la monarquía como garante del “orden político y social”.

En resumen, un libro necesario frente a la mitología oficial, pero también oportuno en unos tiempos en los que se vuelve a hablar de una “segunda transición” (¿hacia delante o hacia más atrás?) e incluso de la apuesta por un nuevo proceso constituyente desde abajo.

Jaime Pastor Verdú
Profesor de Ciencia Política de la UNED

COMER ANIMALES

Jonathan Safran Foer

Seix y Barral, Barcelona 2011

384 págs.

Comer animales no es un libro solamente sobre nuestras costumbres y decisiones alimentarias. Lo que comemos –por sus efectos económicos, sociales y ambientales– es una de las muchas cuestiones que introducen inmediatamente temas tan globales y trascendentes como la sostenibilidad de nuestro sistema de producción y consumo, el cambio climático o la masiva externalización de costes. Y, sobre todo, las condiciones, dinámicas y procesos que permiten o impiden que, como individuos informados, responsables y con capacidad de control sobre las consecuencias de nuestras acciones, tomemos decisiones conscientes e intencionadas.

Por ello, y por otros motivos que señalaremos más adelante, el libro no es una lectura específica ni para quienes hayan decidido o hayan pensado alguna vez en optar por una dieta vegana o vegetariana; ni para quienes, por el contrario, nunca se lo hayan planteado. Es un libro necesario para todas las personas que habitamos el planeta Tierra y queremos que siga siendo habitable en el futuro. Nos afecta de la misma manera.

Safran Foer es ciertamente un “animal” literario y sabe mantenernos pegados a las páginas del libro mientras se maneja, con absoluta maestría y creatividad, en todos los estilos literarios, desde el *thriller* al documental, desde el ensayo biográfico a la novela de ficción. Nos destapa las escalofriantes condiciones de “producción” de las granjas industriales y para ello aporta clara, amplia y documentada información recabada a lo largo de tres años de investigación pero, también, “nos introduce” de forma ilegal en una de ellas. Nos coloca frente a cuestiones tan fundamentales como que el comer es un acto cultural y que el lenguaje construye la realidad “hasta de la sopa”, comparte con nosotros

situaciones y experiencias importantes de su vida, como decidir qué le dará de comer al hijo que espera o qué relación tiene la comida en la historia que une a los miembros de su familia y estos a la Historia, con mayúsculas.

En una sociedad volcada en el consumo de carne como es la estadounidense –donde la industria cárnica «factura más de 140 mil millones de dólares al año y ocupa un tercio de la tierra del planeta, da forma a los ecosistemas de los océanos y podría definir el futuro del calentamiento global»–, blindar detrás de sistemas de alta seguridad las fábricas en las que se produce dicho alimento supone dejar a la propia sociedad incapaz de saber y decidir sobre su futuro. Supone, en definitiva, crear un cortocircuito en el nivel de la responsabilidad individual entre conocer, decidir, actuar y valorar las consecuencias de las propias acciones.

Y este es el gran desafío para quienes se preocupan de que todos conozcamos las dimensiones de las consecuencias ambientales y la sostenibilidad de nuestro sistema de producción y consumo. Hasta ahora hemos conseguido coleccionar una larga lista de “sesgos cognitivos”, “atajos heurísticos” y “efectos perversos” que nos permiten explicar por qué muchas veces no conseguimos explicar la conducta humana. Safran Foer aborda, con una eficacia sin par, los intersticios y vericuetos por los que dicha conducta se va cimentando.

Y el camino que lleva de la “carne” al “animal” es el camino que debemos desandar para poder reconstruir una cadena entre nuestras acciones y sus consecuencias, no solamente por lo que respecta a lo que comemos. No es un camino “ideológico”, dado que, al respecto, cada uno deberemos tomar nuestras decisiones y podrán o no coincidir con las del autor, así como con las posturas asumidas por otros interlocutores del ensayo. Lo que no podemos permitirnos ya es «elegir ser ignorante con la excusa de no querer saber»: debemos tomar conciencia de en qué clase de personas nos convertimos a partir de qué clase de alimento comemos. Por eso la experiencia que nos propone el

autor –y que él ha sido el primero en experimentar–, es la que queda sintetizada en la frase: «no me puedo creer que...». Por ejemplo, «no me puedo creer que la industria alimentaria sea la que más gases de efecto invernadero emite a la atmósfera, muchos más que la industria aeronáutica; que para capturar medio kilo de gambas en Indonesia, se maten y luego se devuelvan al mar once kilos de otros animales marinos; o que hay una bacteria (MRSA) relacionada con las granjas de cerdos intensivas que mata a más gente en Estados Unidos que el sida» o, sobre todo, que «esto no sucede por accidente» (de una entrevista al autor publicada en *El País*, 16/04/2011).

He leído *Comer animales* en Madrid, pero escribo esta reseña desde Nueva York. El viaje ha hecho más “dramática”, si es posible, su lectura. Estoy viviendo el “sueño americano”; el objetivo que nos propone el libro me parece ahora más inalcanzable que nunca. ¿Cómo convencer a cuarenta millones de familias norteamericanas que no compren un pavo el día de Acción de Gracias? ¿Cómo convencernos de que el “sueño”, cuyos valores y consecuencias compartimos, es una pesadilla? Safran Foer propone, con una admirable honestidad y sentido ético, un principio –por el que aunque sea podemos comenzar– que cada familia norteamericana sepa cuál es el coste real del pavo que comprarán para ese día. O, lo que es lo mismo, que quienes sigan viviendo en ese sueño lo hagan al menos conscientes de que alimentan un sistema basado en una indecible crueldad hacia los animales no humanos, y cuyas consecuencias son ecológicamente insostenibles.

*Barbara Scandroglio,
Universidad Autónoma de Madrid*

CRISIS Y REVOLUCIÓN EN EUROPA: PEOPLE OF EUROPE RISE UP!

Observatorio Metropolitano

Traficantes de Sueños, 2012

148 págs.

Hace cerca de un año y medio el Observatorio Metropolitano, un colectivo madrileño de investigación militante, publicaba en marzo de 2011 un pequeño libro llamado *La crisis que viene: algunas notas para afrontar esta década*. En este texto, realizaban una lectura de cómo se había gestado la crisis económica, social y de representación política en el Estado español, los desequilibrios que estaba generando y terminaba apuntando que asistiríamos a revueltas sociales.

Este texto que vendió 15.000 ejemplares y tuvo 50.000 descargas en Internet, junto al *Indignaos!* de Stephane Hessel, recuperaba la dinámica de los manifiestos y panfletos políticos de coyuntura, que históricamente se editaban en periodos de agitación social. Ahora, todas las grandes editoriales han sacado líneas de textos políticos, breves y sobre temas de actualidad, que se han hecho un hueco holgado en el mercado del libro.

La crisis se fue agudizando y, como se anunciaba, llegó acompañada de unas revueltas sociales desconocidas en la última década, tanto por su extensión como por su intensidad. Así que desde el Observatorio Metropolitano decidieron realizar un nuevo texto que trazara una suerte de genealogía del movimiento 15 M y que describiera el nuevo ecosistema socioeconómico en el que se sitúan los movimientos sociales emergentes en Europa. Un libro que deviene la lógica continuación del que escribieron dos meses antes del 15 de mayo.

El libro se encuentra estructurado en tres grandes segmentos, un primer bloque se titula explícitamente: «No es una crisis, es una estafa». En estas páginas se realiza un meritorio ejercicio de didáctica básica de economía financiera y de descripción de las usuarias dinámicas

de los mercados a la hora de desconectarse de una economía productiva, que anteriormente se había desconectado de las necesidades reales de la sociedad.

El texto ilustra la relación existente entre la economía financiera y nuestra vida cotidiana, ejemplificada en la dificultad de acceso a la vivienda y el funcionamiento de las hipotecas, de la captura de seguros médicos, préstamos de estudios o fondos privados de pensiones, para hacerse con activos. Unos activos que serán invertidos buscando los máximos beneficios a corto plazo sin ningún criterio ético, implicándose por igual en conflictos bélicos, burbujas inmobiliarias o procesos especulativos con los alimentos, que derivan en crisis alimentarias como la de 2010. El libro es un pedagógico recorrido que de forma sencilla muestra el opaco funcionamiento de los mercados financieros, evidenciando el proceso que conlleva de concentración de riqueza y poder en pocas manos.

También se aborda una crónica del inicio de la crisis de la deuda soberana, empezando por el caso griego y cómo de forma coordinada se ha procedido a inflar artificialmente los intereses que deben pagar por su deuda, con el controvertido papel que juegan en todo esto las agencias de calificación. Un ataque coordinado que arranca contra Grecia y posteriormente se va extendiendo a otros países del continente, Irlanda, Portugal y recientemente a Italia, mostrando brevemente las singularidades de cada caso. Con ello evidencian que, en la práctica, esta crisis supone la transferencia de beneficios a los bancos, al permitirles financiarse con préstamos al 1% y reinvertir esos dineros en la compra de deuda soberana a porcentajes de interés mucho mayores.

Y así se llega a la cortoplacista e ideológica salida que se ha planteado para superar esta crisis: la estrategia de control del déficit, trasladada en nuestro caso a mandato constitucional. Una fórmula que de manera simultánea procede a la progresiva y episódica liquidación del Estado del Bienestar y a un proceso de precarización y disciplinamiento social, que especialmente se concentra en la población juvenil.

La profundización de dinámicas neoliberales de dualización social, está provocando que las desigualdades sociales tomen proporciones abismales. Las fronteras de renta que a veces existen entre un barrio y otro, por ejemplo, entre el centro financiero de la City de Londres y el viejo East London convertido en la mayor concentración de población India de Europa, son mayores que las que hay entre el Primer y el Tercer Mundo. La diferencia entre el 10% más rico de esta misma ciudad y el 10% más pobre, se acerca a las 300 veces.

La crisis socioeconómica ha evidenciado la fragilidad de la arquitectura de la Unión Europea y la estrechez de miras de una clase política sometida a los dictados de los mercados, lo que ha ido minando la solvencia simbólica del proyecto europeo y poniendo en riesgo la propia continuidad del mercado común.

El segundo bloque del libro acertadamente titulado «Un fantasma recorre Europa», reconstruye la conformación del movimiento social europeo, siguiendo las resonancias que llegan desde las luchas realizadas en distintas realidades como si se tratará de un eco que llega hasta el 15 M.

La primera parada es, como dicen en el texto, en el círculo Polar Ártico donde exploran las anomalías de la revolución islandesa, que se ha impuesto como un referente simbólico en toda Europa. Un impago de la deuda dirigido por un masivo movimiento social «capaz de desafiar el poder de los acreedores, llevar ante la justicia a los principales banqueros, desacreditar y expulsar del Parlamento a su clase política y promover una nueva Constitución que pretende incluir novedosos derechos ciudadanos».

El siguiente episodio desgrana el ciclo de huelgas más intenso en Europa de las últimas décadas, tras la aplicación de la primera oleada de políticas de ajuste. Durante el segundo semestre de 2010 se declararon más huelgas generales que en toda la década previa, donde destacan el caso de Francia con sus 10 huelgas generales y el episodio de la ocupación de refinerías, o las movilizaciones estudiantiles contra los recortes sociales en Inglaterra.

Otro elemento que se añade es el papel de la *primavera árabe*, como estímulo del imaginario colectivo, al mostrar el tránsito de una aparente desafección política a una revuelta democrática de nuevo cuño capaz de derribar férreas dictaduras.

Hasta llegar al denominado movimiento de las plazas europeas, que arranca con las movilizaciones juveniles portuguesas y que tienen su catapulta mediática con el 15 M, para contagiarse a muchas de las capitales europeas, con especial relevancia en Atenas o Tel Aviv. El texto también realiza una caracterización de los principales rasgos que definen al movimiento: ausencia de líderes, siglas y partidos, uso activo de las redes sociales como espacios de debate y agitación, dinámicas asamblearias, discursos y mensajes altamente inclusivos, desobediencia civil no violenta, ocupación activa del espacio público, elevada participación de jóvenes...

Y el libro se cierra con unos apuntes de los principales retos que debería afrontar el movimiento en los próximos meses: abrir el debate social en torno a la posibilidad de poner en marcha una auditoría sobre la legitimidad de la deuda que apunte hacia la cancelación de las deudas en Europa; forzar una redistribución de la riqueza social mediante el control de la economía financiera; buscar fórmulas de participación y rendición de cuentas que permitan la reinención de la democracia; la redefinición de lo común y sus formas de gestión (incluyendo aquí los servicios públicos o el territorio) y el mantenimiento de la escala europea del movimiento, previniendo de los repliegues en clave nacional a la hora de buscar soluciones.

Uno de los principales riesgos que corre el texto, imposible de corregir, es el de quedarse anticuado ante la velocidad a la que se suceden los acontecimientos (por ejemplo, la imposición de Gobiernos *tecnocráticos* en Grecia e Italia, en lo que es una suerte de golpe de Estado financiero). Y una de las cosas que cabe echar en falta, quizás porque excede la materia de este volumen, sería el desarrollo de las prácticas afirmativas, de construcción de propuestas concretas a escalas locales.

En este escenario propuestas como el mercado social, la banca ética, el fomento del cooperativismo, los grupos de consumo agroecológicos, las redes de trueque, huertos comunitarios, la reapropiación de edificios..., van ganando visibilidad y podrían desarrollarse de forma exponencial. ¿Cuál es la relación del ecosistema político del 15 M con las iniciativas alternativas a escala local?, ¿cómo se ensamblan con las variables estratégicas del movimiento a escalas más amplias?, ¿cuál es el aporte o valor añadido de la territorialización de las asambleas locales?

Por último, quisiera destacar el hecho de que este libro se ha escrito de forma cooperativa y su autoría es colectiva, iniciativa que parece perseguir no tanto el anonimato, como la puesta en valor de los conocimientos por lo que aportan más que por quien los aporta.

*Jose Luis F. Casadevante
es miembro de Garúa S. Coop. Mad.*

LA MENTIRA DEL AMIANTO. FORTUNAS Y DELITOS

Maria Roselli

Traducción del francés de Luis Puche y
Rubén Soler

Ediciones del Genal, 2010

260 págs.

El genocidio del amianto en el mundo, quizás la mayor tragedia industrial de la historia de la humanidad, ha logrado pasar casi desapercibido para la mayoría de los ciudadanos. Es lo que llamamos la “conspiración del silencio” en torno a este mineral.

Nunca será suficiente la divulgación de esta masacre habida cuenta de que se dan muchas circunstancias que la hacen tristemente actual. Para romper la conspiración del silencio, el libro de Maria Roselli resulta imprescindible.

La autora es una periodista de origen italiano radicada en Suiza. Esta circunstancia resulta

providencial porque es en este país donde ha residido la cabeza de la gran multinacional del amianto denominada Eternit, dominada por la familia suiza Schmidheiny.

Por eso este libro es, sobretodo, un alegato contra la familia Schmidheiny y una oportunidad de escuchar a sus víctimas. Como su nombre indica: se habla de “fortunas y delitos” o lo que es lo mismo de víctimas y verdugos

La acumulación originaria de la fortuna de la familia Schmidheiny

Encontramos a los Schmidheiny por primera vez en 1920, cuando compran la primera fábrica suiza de amianto. En 1929, con otras empresas de amianto europeas, constituyen el cártel SAIAC desde el que se repartían los mercados y ponían los precios, un auténtico oligopolio; así, hasta 1985 que cambien su nombre por Amiantus, pero su dirección sigue en manos de esta familia suiza. En esa época de máximo esplendor del amianto, junto a otra familia belga, dominan una cuarta parte de todo el negocio del amianto en el mundo. Ya son unos magnates.

¿Cómo han progresado tanto?

Con el oligopolio, con los enormes rendimientos que les ha proporcionado la industria del amianto y del cemento (hoy llamada Holcim) y sin haber tenido el menor rubor de colaborar con lo peor de la historia del siglo XX: con los nazis, con el *apartheid* sudafricano y con las dictaduras de Brasil, Nicaragua, Chile y España, que sepamos.

Siguiendo el relato de Maria Roselli, en 1980 encontramos a Max Schmidheiny (1908-1991) condecorado por el Senado berlinés por sus valientes inversiones en la Alemania de posguerra. Su presencia en el consejo de supervisión de la fábrica de amianto en Berlín durante la segunda guerra mundial no pareció molestar a nadie. El que tuviese “contratados” a trabajadoras forzadas, no se ha tenido en cuenta y el

que fuese filonazi y colaborador de ese régimen, se ha olvidado. Pero Roselli ha dado cuenta de la aparición de una mujer lituana, Nadja Ofsjannikova, que a los 19 años fue forzada por la Gestapo a viajar en pésimas condiciones, junto a otras deportadas, a Berlín, a realizar trabajos forzados en la fábrica de amianto de los Schmidheiny. Cuenta el frío, el hambre y las vejaciones que soportaban y cómo la jornada se prolongaba desde la seis de la mañana hasta bien entrada la tarde y que con una neumonía no se podía guardar cama. Un 20 de noviembre la persona que la trajo a Berlín abogó por ella a Eternit; la empresa de los Schmidheiny contestó que no sabía nada de trabajadores forzados. Pero existen los testigos y los documentos que María Roselli muestra en su libro. Más tarde, ante la insistencia de la periodista, en 2007, el director de la Eternit alemana se rendía y confirmaban que «sí que existen pruebas indirectas que dejan fuera de toda duda el empleo de trabajadores forzados». Pasaron más de 267 personas extranjeras por la fábrica. Durante la guerra la empresa no cesó de dar beneficios a sus accionistas, el 6% en concreto. El actual heredero, Stephan Schmidheiny, fue director de la fábrica alemana en sus últimos años hasta que la vendió en 1990.

En toda la época del apartheid, la familia tuvo fábricas y minas de amianto en Sudáfrica, desde 1948 a 1992, año en que las vende. Stephan Schmidheiny se va porque «no podían seguir explotando a los negros», como relata el sindicalista negro Fred Gonna que trabajó en las fábricas de amianto de los suizos. Cuenta, en la entrevista que le hace Roselli, que «era completamente terrible: había polvo por todas partes y nadie nos decía que dicho polvo fuese mortal» y que «nos metían en aquellas terribles casas obreras, en las que tuvimos que vivir durante décadas sin nuestras familias». Eran las famosas *homelands*, una especie de estados independientes para negros. Las casas tenían los techos y muros de amianto, en la actualidad muy deteriorados, por lo que en Soweto se han detectado actualmente unos índices de amianto

10 veces por encima de lo que exige la ley, de ellas dos tercios fueron instalados por los Schmidheiny. El juicio de Gonna es lapidario. «Stephan Schmidheiny abandonó su negocio y lo vendió. Puso pies en polvorosa». Cuando posteriormente le escribieron exigiéndole responsabilidades no contestó, pero recibieron una carta de la administración de sus negocios en la que les decían «que habían actuado en todo momento según las leyes sudafricanas vigentes». Sin comentarios.

Con Pinochet, Stephan se benefició de una venta de cientos de miles de hectáreas de bosques a precio de saldo, muchas de las cuales pertenecían ancestralmente a los mapuches. Aún las conserva sembradas de plantaciones de pino radiata y de eucaliptos. Con el dictador Somoza simplemente le concedieron la mitad de las acciones de Nicalit, la empresa de amianto de Nicaragua. En España fueron socios de la familia March, en Uralita, la empresa que Franco facilitó a esta familia que le ayudó en el golpe de Estado.

Han inventado –los afines– que cuando el último de los Schmidheiny, Stephan, al poco de tomar las riendas del amianto de la familia, en 1975, trató de reconvertir el negocio porque se dio cuenta de que el mineral era peligroso y que no iba a ser rentable. Lo cierto es que lo encontramos en 1978 en la asociación suiza de industriales del Asbesto que llamaron Arbeitskreis Asbest, que era un *lobby* de productores para impedir que el amianto entrara en la categoría de toxicidad “1”, que significaba que era cancerígeno y que los productos deberían ir etiquetados con la calavera y los huesos cruzados.

Si se hubiese clasificado las ventas hubiesen caído en picado, por eso se oponían. De esta manera lograron retrasar esta clasificación nueve años, después del reconocimiento de su toxicidad, hasta 1987, lo que significó más negocio y más crímenes.

En 1986, Stephen Schmidheiny, abandona la empresa italiana en Casale (Italia), por quien dice, y deja todo el tinglado sin desamiantar y a muchos trabajadores sin indemnización. El

río Po, basurero de la fábrica, lo deja lleno de amianto y al pueblo de 33.000 habitantes contaminado porque existe amianto en calles, colegios y casas. Les regalaban parte de los desechos que usaban para rellenos, como en el caso de Uralita en Cerdanyola. Veinticinco años después del cese de la actividad, muere aún una persona en el pueblo a la semana por culpa del amianto omnipresente. Por esta masacre de Casale (cerca de dos mil muertos) se le está juzgando en Turín y el fiscal le pide 20 años de prisión y 5.000 euros de indemnizaciones. Mantiene el resto del negocio del amianto, al menos, hasta 1992, vendiendo así sus empresas quince años después de sus promesas de abandono. Entre 1989 y 1992 vende casi todas sus fábricas en Brasil, Suiza, Sudáfrica, etc. Todo un mecenaz en ciernes.

Es responsable de muchos más crímenes. Los intentos de hacerle pasar por un filántropo, a la vista de lo anterior, resultan fallidos. Más bien es potencial reo de un Tribunal Penal Internacional por genocidio. Y no hay que olvidar que a él pertenece la fundación AVINA, que junto a su hermana de propósitos y estrategias, la fundación Ashoka, desgraciadamente han logrado engatusar a muchos líderes de movimientos sociales alternativos de España y Latinoamérica, sembrando confusión y venalidad. Con los responsables de los crímenes con amianto no cabe componenda alguna.

Hablan las víctimas

Roselli entrevista o retrata varios casos de enfermos o familiares en relación con el amianto. Estos casos son muy representativos, expresan muchas de las situaciones que produce el mineral, sean sus males adquiridos durante el trabajo o ajenos a él. Veamos algunos:

Rita Felmann, por ejemplo, habla de su familia. Su padre trabajó en Eternit suiza desde 1944, murió en 1989 por un mesotelioma, un cáncer específico del amianto. Desde la primera exposición al amianto a su muerte han pasado

45 años, es lo que se llama periodo de latencia de este mineral, tiempo que anda agazapado antes de emerger de forma letal. Pero también murió su madre de lo mismo, aunque solo era asistente de las oficinas. Un hermano está enfermo a sus 49 años, por haber trabajado de niño en la fábrica. «Somos siete hermanos, varios hemos ido a trabajar en vacaciones a Eternit», dice, «estamos aterrados». Concluye: «me pregunto cómo puede vivir la familia Schmidheiny sabiendo cuantas personas han muerto por culpa del amianto. Algunas de ellas ni siquiera habían trabajado allí».

Es el caso de Marcel Jann, que murió a los 53 años y nunca tuvo contacto laboral con el mineral. Pero se crió cerca de una de las fábricas de Eternit en Suiza. Durante su enfermedad escribió a Stephan Schmidheiny pidiéndole que se disculpara y que lo indemnizara. Le contestaron que con la venta de la empresa toda la responsabilidad había sido transferida a los compradores...

El caso de Gian Rechsteiner es tremendo. Trabajó apenas unas semanas, entre 1961 y 1963, en la fábrica suiza de amianto de Payerne, cuando era estudiante de ingeniería. Murió en 2005 de un mesotelioma, con un periodo de latencia de 44 años. Cuando se detectó la enfermedad empezó una quimioterapia, a continuación se sometió a una operación en la que le extirparon el pulmón izquierdo y una parte de la pleura, después tuvo que someterse a una radioterapia. Finalmente tuvo que ser intervenido de nuevo, operación de la que no se recuperó. La familia solo recibió una pequeña indemnización porque según la ley suiza debería haber renunciado en vida a tratar de curarse y haber recibido solo cuidados paliativos. Un dilema abominable.

Phil Portmann murió de mesotelioma. Aunque no se encontró ningún resto de amianto en la biopsia, se sabe que este tipo especial de tumor es debido en el 85% de los casos a la exposición al amianto, pero en su caso no es posible saber con precisión donde contrajo la enfermedad, solo se sabe que sí estuvo expues-

to en su etapa de aprendiz. Murió 44 años después de esta primera exposición. Su hijo Viktor recomienda «que es importante hablar del sufrimiento físico y de los dolores de los enfermos de amianto... de los inmensos dolores que sufren las personas afectadas. Se silencia el hecho de que este cáncer es particularmente atroz y cruel, nadie cuenta cómo los enfermos gritan a causa del dolor».

Por último, vamos a traer a colación el caso de Domingo Ferreira Dos Santos, un emigrante portugués que en 1986 marchó a Suiza, seducido por que decían que era el país «que mana leche y miel». Trabajó en diversos oficios: albañil, saneamiento, y demolición, aparentemente ninguno relacionado directamente con el amianto. Murió en 2007, con 48 años, de un mesotelioma. Era un hombre fornido, pesaba 90 kilos y de los estragos de la enfermedad quedó en tal estado que cuando los niños fueron al hospital a despedirse de su padre, el más pequeño no quiso acercarse a la cama, echó solo un vistazo y dijo: «No, el hombre que está en esa cama no es mi padre, es un desconocido. Papá está escondido en el hospital».

Coda

Al final de su trabajo Maria Roselli está abrumada y por eso termina su obra con un mal presagio. Nos dice: «la mentira del amianto es resistente: indestructible, incorruptible, para toda la Eternidad». Por eso si nos lo proponemos, si no cejamos en el empeño, habrá que predicar la verdad del amianto: es imborrable, es inaplazable, es de justicia. Defenderla nos hará libres.

Como dijo Émile Zola en su famoso *Yo acuso*:

«La verdad avanza y nadie podrá contenerla»

Paco Puche